

LA ESPAÑA DEL P. FEIJOO

La vida de Feijoo transcurre entre los años 1676 y 1764 a lo largo de cinco reinados: Carlos II, Felipe V, Luis I, Fernando VI y Carlos III; un cuarto de siglo en la centuria decimoséptima y dos tercios en la decimooctava. Conoció, por consiguiente, la España decadente de Carlos II y la renaciente de los primeros Borbones.

¿Cómo era la España de su juventud? ¿Cómo fue la España de su madurez y de sus últimos años? ¿Hasta qué punto influyó Feijoo en la transformación de España?

De la España de Carlos II tenemos amplias noticias y papeles muy curiosos. España, dice Juderías en su estudio titulado *El territorio español a fines del siglo XVII*, producía en todos los que la visitaban una impresión poco grata de abandono y de pobreza. Esta última era tan extremada que, según Villars, no se concebía más que viéndola (1). A veces se andaban cinco y seis leguas sin ver una casa (2). Pocos y pésimos caminos conducían a través de los campos y por los desfiladeros de las sierras a las ciudades principales; puentes de antigua y nunca reparada fábrica permitían cruzar en algunas partes los ríos, tan secos en verano como temibles por sus desbordamientos en invierno. De trecho en trecho, a veces muy lejos unas de otras y para eso abandonadas por no escasa parte de sus pobladores, se alzaban mezquinas aldeas de casas hechas de adobes, al pie de colinas coronadas por castillos cuyos muros

(1) *Mémoires de la Cour d'Espagne de 1679 à 1681.*

(2) Colmenar, *Les délices de l'Espagne.*

se desmoronaban y caían. Villas, cercadas de murallas antiguas, gloriosas en otra edad, ricas en otro tiempo, vegetaban miserables y olvidadas, y aun las mismas capitales de reinos y provincias, con sus murallas mal conservadas, sus calles fantásticas, sus edificios pobres y mezquinos y sus conventos a cada paso, sorprendían a los viajeros que se habían formado idea muy distinta de la nación, a quien calificaban sus cronistas de “cabeza de Europa, emperatriz de dos mundos, reina de las provincias y princesa de las naciones” (3).

Los caminos abandonados, llenos de baches, polvorientos en el verano y convertidos en verdaderos lodazales durante el invierno, eran intransitables; los viajes lentos y peligrosos; el confort en los mesones, en las ventas y en las posadas, inexistente.

Situadas a lo largo de los caminos, en lugares donde era difícil, si no imposible, hallar otro acomodo para pasar la noche, desconocían la comodidad e ignoraban la limpieza. “Se entra por lo general en las posadas —dice Alvarez de Colmenar—, a lo menos en ciertas provincias, por la cuadra, y os llevan a una habitación, donde donde encontraréis las cuatro paredes y a veces una cama; para alumbraros encienden velas pequeñas que arrojan luz bastante para ver lo que coméis, y, con objeto de que el olor y el humo de las velas no os molesten, os traen, si lo deseáis, un brasero de huesos de aceituna carbonizados. En las posadas no se encuentra nada preparado, ni siquiera un puchero en la lumbre. El huésped no os da más que un cubierto y la cama, lo demás hay que mandarlo traer, si no queréis tomaros la molestia de ir a buscarlo vosotros mismos. Se da el dinero preciso y os buscan pan, vino, carne y cuanto se desea, siempre que lo haya. Esta costumbre tiene de bueno que estando fijado el precio de todas estas cosas se sabe lo que se tiene que pagar por ellas, y el huésped no puede engañaros. Os preparan la carne y se da un real y medio o dos reales por el servicio, como lo llaman, y otro tanto por la cama. Si se está en una población grande, se tendrá un mantel del tamaño de una servilleta y una servilleta del tamaño de un pañuelo. Las camas no son muy buenas; tienen un colchón de lana o de paja y a lo sumo una manta de algodón; en el campo es preciso pasar la noche en el suelo o sobre un montón de paja, que conviene mover antes para ahuyen-

(3) Méndez Silva, *Población general de España*.

tar los insectos. Los huéspedes son, por lo general, unos miserables, que no tienen dinero ni vergüenza; que saquean a los caminantes todo lo que pueden. Hay algunas posadas buenas en Madrid, Sevilla, Lisboa y Cádiz, pero son generalmente franceses u otros extranjeros los que las tienen.”

Es cierto que había comarcas ricas y fértiles como Andalucía y parte de la costa levantina, pero en Castilla la pobreza era general. En las Cortes de 1621, cuando todavía no se había llegado a la decadencia de fines de siglo, un procurador decía que en Castilla los templos estaban caídos, las casas hundidas, perdidas las heredades, sin cultivar las tierras y los habitantes por los caminos con sus mujeres e hijos, mudándose de unos lugares a otros. Por lo que se refiere a Galicia, patria del P. Feijoo, estaba arruinada como consecuencia de la guerra con Portugal.

Al florecimiento de la agricultura y de la industria en el siglo XVI contribuyeron la demanda del mercado americano y las exportaciones a los mercados europeos, pero las continuas guerras del siglo XVII cerraron las exportaciones; por ello muchas tierras se abandonan y no pocos campesinos oprimidos por los impuestos y por los abusos de los grandes terratenientes y latifundistas emigran. Este hecho promueve, según ha demostrado Carmelo Viñas, una evolución trascendental en la historia de España: “la traslación del eje demográfico y económico de la Península del centro a la periferia y el agotamiento de aquél”. “Población y producción buscan siempre el clima fiscal y el ambiente económico más propicios. Los reinos de Castilla eran los más poblados y el asiento principal de la población y la riqueza, pero su clima económico en el siglo XVII, más que hostil, mortal para ambas, y la serie de factores de evolución económica que operan en la Península a partir del siglo XVI, las llevó al más favorable de los países forales, que, como relataban los embajadores venecianos, vivían prósperos, mientras el centro se aniquilaba.”

De esta despoblación nos habla Feijoo: “Yo no examiné ni pude examinar con los ojos, sino una pequeña porción de España; esto es, Galicia, Asturias y tal cual corto retazo de una y otra Castilla. Pero muchas veces llegaron a mis oídos los clamores de los que anduvieron casi todo el ámbito de la península, los cuales amargamente se lastimaban de los grandes vacíos que habían reconocido en muchos lugares; de modo que por el espacio que ocupaban las casas, evidenciaban que en otro

tiempo habían tenido la mitad o una tercera parte más de habitantes. Añádanse las ruinas o edificios desmoronados que en muchas partes se encuentran, sirviendo sólo de estorbo a los vientos y dando lástima a los caminantes (4).”

Y por lo que se refiere a la situación de los campesinos, es el propio Feijoo quien la describe: “¿Hay hoy gente más infeliz que los pobres labradores? ¿Qué especie de calamidad hay que aquéllos no padezcan? De las inclemencias del cielo sólo toca a los demás hombres una pequeña parte; pues exceptuando los labradores, todos, por míseros que sean, se defienden de ellas con algún humilde techo, o si algunos las sufren a cielo descubierto, no es por mucho tiempo. Mas los labradores todo el año y toda la vida están al ímpetu de los vientos, al golpe de las aguas, a la molestia de los calores, al rigor de los hielos. Ya veo que este trabajo es inseparable del oficio; tolerable, empero, cuando la fatiga del cultivo les rinde frutos con que alimentarse, vestido con que cubrirse, habitación donde se abriguen, lecho en que descansen. Yo, a la verdad, sólo puedo hablar con perfecto conocimiento de lo que pasa en Galicia, Asturias y montañas de León. En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes; o mejor diré, que, por las muchas roturas que tienen, las descubren. La habitación está igualmente rota que el vestido; de modo que el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro, acompañado de algún lactificio o alguna legumbre vil, pero todo en tan escasa cantidad que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa. Agregado a estas miserias un continuo rudísimo trabajo corporal, desde que raya el alba hasta que viene la noche, contemple cualquiera si no es vida más penosa la de los míseros labradores que la de los delincuentes que la justicia pone en las galeras (5).”

Los estudios histórico-demográficos señalan un *mínimum* de población entre los años 1650 y 1680, estimándose en menos de cinco millones el número total. Un siglo más tarde, en 1787, cuando España se había recuperado hasta alcanzar la cifra de 10,4 millones, todavía señalaba este censo 932 deshabitados, de los cuales 739 estaban en las dos Castillas

(4) *Biblioteca de Autores Españoles*, t. 56, pág. 596.

(5) *Ibid.*, pág. 462.

y en León y 61 en Aragón, también despoblado en gran parte a excepción de las vegas y de las laderas pirenaicas (6).

La situación de la población campesina, ya que la agricultura era la principal ocupación de los trabajadores, nos la describe Olavide, refiriéndose a Andalucía, también un siglo más tarde, cuando ya se habían tomado medidas para la mejora de los cultivos y de las clases campesinas.

“Son los hombres más infelices que yo conozco en Europa. Se ejercitan en ir a trabajar a los cortijos y olivares, pero no van sino cuando los llaman los administradores de las heredades, esto es, en los tiempos propios del trabajo. Entonces, aunque casi desnudos y durmiendo siempre en el suelo, viven a lo menos con el pan y el gazpacho que les dan; pero en llegando el tiempo muerto, aquel en que por la intemperie no se puede trabajar, como, por ejemplo, la sobra o falta de lluvias, perecen de hambre, no tienen asilo ni esperanza, y se ven obligados a mendigar... Estos hombres la mitad del año son jornaleros y la otra mitad mendigos (7).”

No difería mucho en la misma época la de los campesinos castellanos, según nos refiere el viajero alemán Fischer.

“Llanuras uniformes, pocas casas, campos pedregosos y casi estériles, algunas viñas acá y allá, abundantes rebaños de ovejas, escaso ganado vacuno, ni praderas, ni bosques, ni huertos, ni casas de labradores, y en general un paisaje triste y monótono. Hasta las pocas aldeas que encontramos sólo nos ofrecen la miseria de sus habitantes. Las casas, de adobe, están medio arruinadas; la luz entra a través de los tejados cargados de piedras para que el viento no se los lleve, pero las iglesias, las capillas y los monasterios son sólidos y magníficos (8).”

“La suerte de la mayoría de los hombres que vivían de la agricultura en la vasta y árida región que comienza en Andalucía y Extremadura y se extiende a través de León y las dos Castillas hasta llegar a los montes del sur de Aragón y de Valencia, no era muy diferente. Ellos tenían que ganarse la vida en las tierras pertenecientes a los mayorazgos, ma-

(6) Vid. Herr. Richard, *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid, 1964. págs. 73-74.

(7) *Informe de Olavide sobre la ley agraria*, col. de R. Carande, *Bol. de la Real Academia de la Historia*, CXXXIX, págs. 386-387.

(8) Cit. por Heer, pág. 25.

nos muertas y municipalidades, en cuya administración no tenían ni voz ni voto. Eran comúnmente labradores arrendatarios o jornaleros (9).”

El país estaba agotado. Durante casi un siglo, es decir, desde 1618 hasta 1714, España vive en guerra permanente. Desde 1618 hasta 1659, en la llamada guerra de los Treinta Años y en su continuación con Francia hasta la paz de los Pirineos. Desde 1667 hasta 1668, en la denominada guerra de devolución que termina con la paz de Aquisgrán; desde 1672 a 1678, en la guerra de Holanda que se liquida en la paz de Nimega; desde 1688 hasta 1697, en la guerra de la Liga de Augsburgo que finaliza en la paz de Ryswick y, por último, en la guerra de Sucesión que dura doce años (1701-1713) y se termina por la paz de Utrecht. Todo esto sin contar con las guerras separatistas de Cataluña y de Portugal, ni con los movimientos secesionistas de Nápoles y Sicilia ni con los permanentes encuentros o guerras navales con los turcos en el Mediterráneo o con los corsarios en el Atlántico y en las costas americanas.

Los tratadistas de la época se ocupan de los males de la monarquía y señalan los remedios. “Las ideas dominantes en todos estos autores consisten en atribuir la decadencia nacional a la ociosidad, al crecimiento de los tributos y a su desigualdad, al abandono de la agricultura, al desprecio por el trabajo manual que trajo consigo la decadencia de nuestras industrias, a la mala organización de la ganadería, al error de pensar que la riqueza consiste en la posesión exclusiva de oro y de plata y no en la abundancia de las cosas necesarias para la vida... (10)”. Pero en realidad sus opiniones apenas se tuvieron en cuenta.

Es evidente que la literatura político-económica del siglo XVIII exagera y abulta la decadencia de la España del siglo XVII, como puede apreciarse en la introducción de Antonio Marien y Arróspide en su *Tratado general de monedas*, a propósito de las perturbaciones producidas por las alteraciones de la moneda de vellón en los reinados de Felipe III y de Felipe IV.

“En todos los estados era general la desolación y el desaliento. Las ciudades y villas estaban apestadas de mendigos, holgazanes y gentes de caparrotta, a quienes la miseria unida a la ociosidad incitaba a cometer innumerables excesos con grave daño de las costumbres, que fueron

(9) *Ibid.*, pág. 86.

(10) Sainz y Rodríguez, P.: *La evolución de las ideas sobre la decadencia española*, pág. 25.

corrompiéndose. Las aldeas y los campos abandonados de sus moradores, antes parecían desiertos y bosques habitados de las fieras que domicilio de hombres. Infeliz del pobre caminante, de aquel que de noche salía de su casa en los poblados, pues lo menos que podía sucederle era el ser robado. Ya no se conocían en España aquellas virtudes que en otro tiempo hicieron ilustre el nombre español; cuales eran la buena fe, la magnanimidad, la viveza natural y la solidez de ingenios; aquella urbanidad y gracia que tanto admiraron en nosotros las demás naciones a quienes servimos de modelo durante el siglo XVI (11).”

Y en el *Semanario erudito*, de Valladares, se contiene esta espeluznante relación: “Hallábanse los reales erarios sobre consumidos, empeñados; la Real Hacienda, vendida; los hombres de caudal, unos apurados y no satisfechos, y otros que de muy satisfechos, lo traían todo apurado; los mantenimientos, al precio de quien vendía las necesidades; los vestuarios, falsos como exóticos; los puertos marítimos, con el muelle para España y las mercancías para fuera, sacando los extranjeros los géneros para volverlos a vender beneficiados; galeras y flotas pagadas a costa de España, pero alquiladas, para los tratos de Francia, Holanda e Inglaterra; el Mediterráneo, sin galeras ni bajeles; las ciudades y lugares, sin riquezas ni habitantes; los castillos fronterizos, sin más defensa que su planta, ni más soldados que su buen terreno; los campos, sin labradores; la labor pública, olvidada; la moneda, tan incurable que era ruina si se bajaba, y era perdición si se conservaba; los Tribunales, achacosos; la Justicia, con pasiones; los jueces, sin temor a la fama; los puestos, como de quien los posee habiéndolos comprado; las dignidades, hechas herencias o compras; los honores, tan vendidos en pública almoneda que sólo faltaba la voz del pregonero; letras y armas, sin mérito y con desprecio... Sin reputación nuestras armas; sin crédito nuestros concejos, y con desconfianza todos.”

“Menéndez Pelayo trató de amenguar el alcance de la terrible decadencia intelectual que convirtió ambas vertientes del 1700 en un verdadero yermo, pero tiene más seguidores la opinión de la Pardo Bazán, que en este punto se atrevió a contradecir a quien ella recuerda como “el hombre más sabio de España”. La prueba puede reducirse a simples términos matemáticos; no hay un repertorio bibliográfico completo de

(11) Cit. por Jaime Carrera Pujal, *Historia de la Economía española*, Barcelona, 1943, t. I, págs. 31-32.

nuestro siglo XVIII, pero en la Historia de la Literatura Española de Cejador (tomo VI) se encuentran casi todas las obras de algún interés; ahora bien, las obras anotadas en 1702 se reducen a diez, y este número descende a seis en 1704, y a ¡cuatro! en el año siguiente. Ninguna de ellas tiene real importancia (12).”

Mas a pesar de ello, es también indudable que la España que conoció Feijoo en su juventud estaba en plena fase de declive, y que es preciso superar la tremenda prueba de la guerra de Sucesión para entrar en una nueva etapa. “Como de una meditación en el retiro vendrá el nuevo siglo con un riguroso examen de conciencia y un nuevo horizonte de problemas y de soluciones”, dice Sánchez Agesta. “Y por esto la primera generación de literatos y pensadores de auténtico valer, que en el reinado de Felipe V alcanza notoriedad y brillo, está integrada fundamentalmente por críticos y polemistas: Feijoo, Torres Villarroel, Luzán, Mayans, el marqués de San Felipe; pero estos escritores distan mucho de un melancólico derrotismo o de una desafortada adscripción a las inspiraciones, ortodoxas o no, del educado y racionalista mundo de su tiempo. La que Palacio Atard ha llamado, con acierto, generación Feijoo-Patiño, podríamos definirla con los rasgos siguientes: honradez y sobriedad, espíritu abierto a las novedades europeas sin que ello implique el repudio de las tradiciones propias mientras puedan reputarse válidas; concienzudo revisionismo del complejo engranaje de la monarquía, de sus supuestos políticos y culturales, replanteándolos sobre bases nuevas... Pero aun los matices más estridentes de ese despuntar de las luces distan mucho del tono, en demasía exótico y pedante, que reviste a los reformadores de Carlos III (13).”

Mas ¿qué significa Feijoo en ese movimiento de regeneración que evidentemente se manifiesta ya en el reinado de Felipe V a través de sus ministros y consejeros, primero franceses —Orry, Amelot, Louville, Robinet— después españoles —Patiño, Campillo, Ensenada—? Feijoo —dice Marañón— “fue el más genuino representante de la crítica enciclopedista del siglo XVIII; pero hay que decirlo firme y claramente: con completa independencia de la trayectoria del enciclopedismo francés; enciclopédico, pues, no de Francia ni de ninguna parte, sino de la

(12) Domínguez Ortiz, A.: *La sociedad española en el siglo XVIII*. Madrid, 1955, págs. 22 y 23.

(13) Seco Serrano, Carlos: *Estudio preliminar a los “Comentarios” del Marqués de San Felipe*, B.A.E., t. 99, págs. XLIX y L.

época; por espontánea generación y con todas las características ibéricas, entre ellas la ortodoxia más estricta... Hombre universal y a la vez español por los cuatro costados, Feijoo se sentía incorporado al ansia renovadora de su siglo sin que se rompiese una sola de las raíces de su tradición nacional, incluso aquella que se funde, allá en lo hondo, en los estratos oscuros de la superstición, contra la que tanto luchó, pero que a veces enviaba a su grande y abierto espíritu oleadas de savia confusa y pueril (14).”

El propósito de Feijoo, a través del *Teatro crítico universal* y de las *Cartas eruditas y curiosas*, era “comentar críticamente a la luz de la razón libre y experimental y de la ciencia desarrollada fuera de España durante el letargo ufano de los últimos soberanos de la casa de Austria, todos los errores que comúnmente henchían la mente española. Con este programa tuvo que hablar de todo, cosas máximas y mínimas, cuestiones científicas de la naturaleza y problemas morales, especulación pura, medicina, técnica, filosofía, hechicería... (15).”

“En la calma de su vida religiosa ha vivido febrilmente los años finales del siglo XVII, cuando España no era más que la sombra de sí misma, y los primeros aún del siglo XVIII, cuando su país, convertido en un campo de batalla europeo, se desgarraba además en la guerra civil. Leyó con pasión, experimentó una verdadera embriaguez intelectual al iniciarse en las ideas, en las ciencias que venían de Europa; soñó con un mundo mejor. Pensó que era inútil volver al pasado por glorioso que fuera. Acoger el pensamiento europeo era la mejor manera de renovar el liberalismo de Luis Vives, de Melchor Cano, de Francisco Vallés. El culto fijo del pasado es una infidelidad al pasado, que fue innovador. Al respirar siempre el mismo aire España, se hace anémica. ¡Que pueda transformar atrevidamente su espíritu sin alterar su alma!” Delpy, G. *L'Espagne et l'esprit européen. L'oeuvre de Feijoo (1725-1760)*, París, 1936, pág. 293.

“Hay dos notas dominantes en la obra de Feijoo, que importa recordar porque resaltan la diferencia de la posición espiritual de un español del ambiente borbónico: su escepticismo desdeñoso de la ufanía patriótica y hasta del mismo sentimiento patriótico, cuando su análisis revela, como principal contenido de él, el egoísmo y la vanidad; y su rendida

(14) *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, Bib. de Aut. Esp., tomo 141, pág. 155.

(15) Figueiredo, F.: *As duas Espanhas*, Coimbra, 1932, pág. 141.

admiración por la cultura francesa. Eran conceptos nuevos que no cabían en un contemporáneo de los políticos, generales y conquistadores de la época de Carlos V y Felipe II. Era una reacción excesiva contra la excesiva declamación vanagloriosa de los que se ufanaban con las hazañas ajenas y preferían ser nietos de abuelos ilustres a trabajar para ser abuelos gloriosos de futuros nietos. Por ello, al tratar del amor a la patria y de la pasión nacional, censura a aquellos que “atribuyen a su país mil fingidas excelencias” a sabiendas de que son fingidas (16).”

Es cierto que también Feijoo manifiesta su entusiasmo por España y por sus glorias, como puede apreciarse en los discursos XII y XIII del tomo IV de su *Teatro crítico*, discursos que, como dice Marañón, son de los más flojo de la obra feijoniana, porque “fueron escritos con un cierto pie forzado ante el desagrado que al infante don Carlos, el futuro Carlos III, le produjo la lectura del ensayo *Mapa intelectual y cotejo de naciones* (*Teatro*, II, XV), en el que incluye una Tabla sacada de la *Specula Físico-Matemático-Histórica*, del Padre premostratense Zahn, alemán; tabla, a la verdad, pretenciosa y necia, en la que hace un paralelo entre alemanes, españoles, italianos, franceses e ingleses. La indignación de don Carlos fue aparatosa y se la comunicó en persona a Feijoo; éste habla de las llamas que ardían en los ojos reales cuando el futuro rey estimó —y se lo dijo a su autor— digno de la hoguera “aquel libro o cuando menos la tabla”. Nuestro monje, con notaria congoja, refiere todo esto en el discurso XII del tomo III del *Teatro* y en la dedicatoria al príncipe don Carlos en el tomo siguiente. Más adelante, don Carlos se olvidó de todo esto y fue, como sabemos, el gran protector de Feijoo (17).”

Pero cuando realmente se manifestó el aprecio de un monarca por el P. Feijoo fue en tiempo de Fernando VI y con motivo de los ataques del P. Soto Marne, uno de los más encarnizados entre los muchos adversarios de Feijoo. Éste, que ya había sido nombrado consejero en 1748, nombramiento que agradeció en la dedicatoria del tomo III de sus *Cartas*, consiguió también que el rey ordenase al Consejo la prohibición de que fuese aprobada y publicada la impugnación del franciscano a una respuesta de Feijoo, porque “quiere su Majestad que tenga presente el Consejo que cuando el maestro Feijoo ha merecido de Su Majestad tan

(16) Figueiredo, ob. cit., pág. 142.

(17) Marañón, ob. cit. B.A.E., t. 141, pág. LX.

noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarlos y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlos”, disposición que Menéndez Pelayo tacha de despótica y antiliberal y que para Marañón fue justa, porque la polémica sólo servía para despedazar la verdad y encender todavía más la pasión personal de los contricantes.

Hace nueve años, con motivo de la conmemoración del título de ciudad otorgado por Fernando VI a Santander, leía yo en su Ateneo un trabajo titulado *El reinado de Fernando VI y los orígenes del reformismo español en el siglo XVIII*, y en él exponía unas opiniones que estudios y reflexiones posteriores me han hecho ratificar. Decía entonces que el reinado de aquel monarca, de tan grata memoria en esta provincia, donde debiera tener por lo menos una calle digna que recordase su nombre, señala en España un período de paz, de orden, de economía y de reconstrucción que no ha sido debidamente valorado ni estudiado, ya que es un lugar común considerar el reinado de Carlos III como el período de máxima actividad en toda clase de reformas y de preocupaciones para cambiar la estructura social y económica del país y acercarle al nivel de las naciones más adelantadas de Europa.

Y advertía que si bien es cierto que ya en el reinado de Felipe V se inician reformas y se preparan proyectos, siguiendo en buena parte las orientaciones ultrapirenaicas traídas por el fundador de la dinastía y por sus ministros y consejeros, como Orry y Amelot, no lo es menos que el recelo con que los españoles veían la actuación de los colaboradores franceses de Felipe V, y sobre todo las continuas guerras que se desarrollaron durante su reinado, contribuyeron a que estos proyectos careciesen de eficacia o se realizasen en una parte mínima, debiendo señalarse en todo caso la actuación de los ministros españoles Patiño y Campillo.

Es preciso llegar al pacífico reinado de Fernando VI, nacido ya en España, para que bajo la dirección de ministros y funcionarios españoles se planifique un amplio programa de reformas que afectan a todas las ramas de la economía, de la hacienda y de la administración, a cuyo fin se buscan colaboradores y técnicos eminentes tanto españoles como extranjeros. La brevedad de su gobierno impidió que llegasen a realizarse, pero es evidente que se iniciaron con gran acierto, aunque en buena parte se desarrollasen durante el largo reinado de su sucesor.

Feijoo siente la alegría de la renovación, y exultante de auténtica emoción patriótica, la acusa a través de la dedicatoria a Fernando VI inserta en el tomo III de las *Cartas eruditas y curiosas*, escrita en Oviedo el 12 de junio de 1750: “Subió V. M. al trono —le dice— a tiempo que España estaba padeciendo los daños de una funesta guerra; y en las fervorosas ansias con que V. M. desde luego se aplicó a librarla de esta infelicidad, se vio claramente que a un guerrero David sucedía un pacífico Salomón. Consiguióse la paz, pero en la paz por sí sola no lograría España otro alivio que aquel que logra un cuerpo lánguido, enfermo, desangrado, cuando de un fatigante ejercicio es trasladado al reposo del lecho... Sé que el régimen que hay ahora es el que nunca hubo. Así se ven efectos en él cual en España nunca se vieron y tales y tan prodigiosos que aún viéndolos apenas acertamos a creerlos.

Vemos amontonar materiales para aumentar la Marina, de modo que en breve tiempo la gozaremos en un estado más ventajoso. Vemos promover más y más cada día las fábricas de que España padecía una extrema indigencia. Vemos fortificar los puertos y fabricar en El Ferrol, Cartagena y Cádiz unos amplísimos arsenales. Vemos romper montañas para hacer más tratables y compendiosos los caminos. Vemos abrir acequias en beneficio de las tierras y manufacturas. Vemos engrosar el comercio con la formación de compañías. Vemos establecer escuelas para la náutica, para la artillería y todo lo demás que deben saber los oficiales de Marina. Vemos formar una insigne de Cirugía debajo de la dirección del célebre maestro de ella don Pedro Virgilio, de cuyo arte había tanta necesidad en España, que en raro pueblo, aún de los mayores, se hallaban otros cirujanos que unos miserables emplastistas, siendo muchísima la gente que moría por esta falta, como yo, yo mismo, Señor, lo he visto y observado en innumerables ocasiones.

Vemos pagar exactamente los sueldos a los ministros de tantos tribunales. Vemos asimismo fielmente asistida de los suyos la tropa. Vemos satisfacer hasta el último maravedí los cuadales anticipados por los recaudadores. Vemos consignados anualmente un millón de escudos para extinguir las deudas contraídas por el difunto padre de V. M. Vemos atraer con el cebo de gruesos estipendios varios insignes artífices extranjeros, ya de pintura, ya de estatuaria, ya de las tres arquitecturas, civil, militar y náutica, ya de otras artes en que no sólo se debe considerar la utilidad de lo que éstos han de trabajar en España, sino otra

mucho mayor, de lo que han de enseñar a los españoles. Vemos trabajar en la grande y utilísima obra de reglar la contribución de los vasallos a proporción de sus respectivas haciendas.

¿Pero cómo se hace todo esto? Esta es la gran maravilla del reinado de V. M... Temo, Señor, que cuando los venideros lean en la historia de este tiempo tantas y tan grandes cosas, hechas en el corto plazo de dos años..., no pocos dificultarán el asenso; otros acaso le negarán resueltamente, y me figuro que habrá quienes irónicamente pregunten si V. M. o alguno de sus ministros halló el secreto de la piedra filosofal.

Es cierto que España tuvo algunos muy buenos reyes. Pero ninguno de los buenos reyes tuvo igual colección de buenos ministros..."

Y, en efecto, Carvajal y Ensenada figuran entre los mejores ministros que jamás haya tenido España.

Debo terminar. Ni la brevedad del tiempo que debe invertirse en esta clase de actos, ni vuestra reiterada y bondadosa tolerancia me permiten prolongar esta intervención. Pero no quisiera poner fin a ella sin felicitar al dignísimo Presidente de este ejemplar Ateneo por su acertado propósito —secundado inteligentemente por la Junta de Gobierno de esta docta Casa— de dedicar estas jornadas a conmemorar el tercer centenario de la muerte de Feijoo, y sin celebrar que con este motivo podamos recordar y rendir homenaje, no sólo al gran benedictino debelador de trasgos, hechicerías y conceptos anticientíficos, sino también a quienes con él, en el felicísimo y apacible reinado de Fernando VI, sentaron las bases de la prosperidad y de la grandeza de Santander, que justamente se inician en estos años y precisamente por obra de dos ilustres montañeses: un religioso, el P. Francisco de Rábago, y un hombre de negocios, D. Juan Fernández de Isla, el primero de Polaciones y el segundo de Trasmiera, como si ambos, desde los confines extremos de la provincia, hubieran querido abrazar a ésta y apretarla en un haz que uniese en conjunción entrañable a los valles, y a las montañas y a las marinas de esta tierra nuestra, que entonces se despierta del letargo multiseccular y casi medieval de una pobre economía agraria y campesina y endereza sus rumbos a empresas de altos vuelos y de relieve nacional.

CIRIACO PÉREZ BUSTAMANTE